

Entrevista al general Abdoulaye Kaka

Comisario jefe de Policía y jefe del Servicio Central de Lucha Antiterrorista en Níger*

Hemos elegido abrir este número de nuestra revista con una entrevista al general Abdoulaye Kaka, como representante de la práctica de Estado en materia de detención en la lucha contra el terrorismo. La International Review quiso centrarse en Níger como Estado afectado por un conflicto armado que, en el marco de su sistema jurídico nacional, arresta, detiene y juzga a personas sospechosas de pertenecer a un grupo armado no estatal.

El general Abdoulaye Kaka encabeza el Servicio Central de Lucha Antiterrorista desde 2014. Previamente, trabajó para la policía judicial de Níger como jefe del sector de lucha contra las pandillas, antes de crear la primera oficina de la policía judicial en Zinder. Entre 2006 y 2012, el general Kaka trabajó para las fuerzas policiales de las Naciones Unidas (ONU) en Côte d'Ivoire. En el transcurso de esta misión, fue designado comandante en jefe de las fuerzas policiales de la ONU en Níger.

En el desempeño de su actual cargo de jefe del Servicio Central de Lucha Antiterrorista, el general Kaka supervisa las operaciones de detención en todo el país, muchas de las cuales se relacionan con personas sospechadas de pertenecer al grupo autodenominado Provincia de África Occidental del Estado Islámico (ISWAP), también llamado Jama'atu Ahlis Sunna Lidda'awati wal-Jihad, y más conocido por su nombre anterior, Boko Haram.

Las consecuencias del actual conflicto entre el ISWAP y las fuerzas estatales en Níger se han hecho sentir en la región del lago Chad, donde los enfrentamientos causan víctimas, arrestos y reiterados desplazamientos de personas civiles. El gobierno de Níger aporta tropas a la Fuerza de Tarea Conjunta Multinacional, que realiza operaciones contra el grupo. Al mismo tiempo, como parte de sus acciones antiterroristas, el gobierno arresta y detiene a personas sospechadas de pertenecer al ISWAP. Esas operaciones de detención son coordinadas por el Servicio Central de Lucha Antiterrorista. Este organismo, creado en 2011, es el sucesor de la sección antiterrorista

* Esta entrevista fue realizada el 29 de junio de 2016 por Vincent Bernard, redactor jefe, y Ellen Policinski, directora editorial de la *International Review*.

de la policía judicial, está integrado por representantes de los tres principales órganos de aplicación de la ley (la policía nacional, la guardia nacional y la gendarmería) y es el principal responsable de las investigaciones antiterroristas en Níger.

En Níger, el Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR) ayuda a las personas afectadas por el conflicto en el sudeste del país o que huyen de los enfrentamientos en el nordeste de Nigeria. Junto con la Cruz Roja de Níger, el CICR distribuye socorros, atiende a los heridos, proporciona agua y presta apoyo a los agricultores. El CICR también supervisa el respeto del derecho internacional humanitario, visita a detenidos y los ayuda a mantener el contacto con sus familiares.

El CICR visita a personas retenidas por las autoridades en al menos cinco lugares de detención en Níger. Después de las visitas, el CICR comparte con las autoridades sus conclusiones acerca de las condiciones de vida de los detenidos y del trato que se les dispensa, y las exhorta a tomar medidas para encarar los problemas. El CICR también ayuda a fortalecer las capacidades de gestión y los servicios de salud penitenciarios en los lugares de detención aportando apoyo técnico y material y organizando mesas redondas sobre esos temas. El CICR ayuda a los detenidos, en particular, a los menores de edad, a mantenerse en contacto con sus familiares. Cuando los detenidos extranjeros lo solicitan, el CICR informa de su detención a sus familiares o a sus representantes consulares. Por último, el CICR solventa los gastos de transporte de los detenidos de seguridad que regresan a su hogar tras ser liberados.

¿Cómo describiría su experiencia como director de la “lucha antiterrorista” en el marco del conflicto entre Níger y Boko Haram (BH)? ¿Cómo evolucionó esa función desde el comienzo de la crisis en febrero de 2015?

Permítame presentarme. Soy el comisario Abdoulaye Kaka, comisario jefe de policía, jefe del servicio central de lucha antiterrorista. La misión de mi servicio es coordinar el trabajo de los diversos actores de la lucha antiterrorista en Níger. Existen varios actores que se desempeñan en este ámbito: la policía, la gendarmería, la guardia, la Dirección General de Documentación y Seguridad de Estado, los servicios de información, los diferentes servicios de las ONG y todos los asociados que participan, como los franceses, los estadounidenses y otros. Para los equipos que trabajan conmigo, soy el facilitador; arbitro los medios necesarios y doy las indicaciones que hacen falta. Si se debe representar al servicio, como es el caso ahora, esa también es mi labor. Asimismo, soy el referente aquí cuando hay seminarios o conferencias sobre la lucha antiterrorista. Si pienso que existen algunas dificultades, también es mi función buscar las soluciones.

En cuanto a la situación de la lucha antiterrorista en Níger, existen varios problemas.

Primero, el hecho de que tenemos tres frentes en Níger: el norte (la frontera con Libia), el oeste (la frontera con Malí) y el este (la frontera con Nigeria). Estos tres frentes están dirigidos por tropas yihadistas, por lo cual, en cierto modo, estoy obligado a vigilar todos esos frentes. Este es un primer problema.

Un segundo problema es el de las relaciones con los asociados en la lucha antiterrorista. Los servicios de información, por ejemplo, pueden ser bastante reservados. Antes de proporcionarme la información, se toman algo de tiempo, aun cuando yo la necesitaría en tiempo real. También, los militares, cuando realizan capturas, pueden tomarse mucho tiempo antes de poner a los detenidos a mi disposición, aunque legalmente soy yo quien tiene la potestad para detener y arrestar a una persona. Sin embargo, no soy yo el que procede a realizar los arrestos. En el norte, por ejemplo, las capturas son efectuadas por los militares franceses, nigerianos o estadounidenses o bien por los servicios de información que recibieron los datos que permitieron capturar a la persona. Tras su captura, la persona puede permanecer dos o tres semanas en detención, aunque, según la ley, una persona solo puede estar detenida o en detención preventiva siete días a partir de su arresto. Ahora bien, a veces, los primeros en intervenir mantienen a la persona detenida durante una semana. Por ello, cuando me toca iniciar las investigaciones, ya estoy fuera de los plazos legales. He explicado esta cuestión una y otra vez a mis colegas para que comprendan que, no bien se produce un arresto, yo debo estar informado en tiempo real y tomar el relevo. En ese aspecto, los servicios de información y los militares han comprendido la situación, por lo cual, en cierto modo, las acciones se reenfocaron.

Las relaciones con los dirigentes políticos, que son mis superiores, también pueden plantear un problema. En ocasiones, toman algunas decisiones que están reñidas con lo que recomienda el derecho. Por ejemplo, a veces la justicia decide liberar a algunas personas por falta de pruebas y mis superiores consideran que si esas personas regresan a la zona de conflicto, habrá tensiones, dado que fueron denunciadas como personas peligrosas, y que esa situación será inmanejable. Trato de explicarles que estamos en un país que respeta el derecho y que corresponde a los actores políticos ir al terreno para hacerles saber a las personas que, cuando alguien ha sido liberado por la justicia, debe ser considerado una persona libre.

Como coordinador, velo por que todos los actores puedan trabajar en armonía. Antes no había demasiadas dificultades, pero, a partir de febrero de 2015, cuando Níger le declaró la guerra a Boko Haram, los problemas aumentaron de manera exponencial. Se multiplicaron las dificultades en todos los frentes en lo que respecta a las personas capturadas, las personas que deben ser vigiladas e incluso los medios económicos. Por ejemplo, el trayecto de ida y vuelta de Diffa a Niamey de un solo camión cuesta al menos de uno a dos millones de francos, y los recursos adicionales que habría que haber otorgado no llegaron. Mi presupuesto de operación fue prácticamente amputado, mientras que mis problemas se multiplicaron. Nuestros socios, como la Unión Europea y Estados Unidos, que habían previsto apoyar a Níger en la lucha antiterrorista, mayormente enviaron fuerzas. La ayuda presupuestaria prevista no llegó, simplemente porque existía una coincidencia inconveniente: el régimen se hallaba al final de su mandato. La mayoría de los asociados suspendieron las donaciones, alegando que había que esperar al año siguiente. ¡Pero los problemas no esperan al año siguiente! Hubo que esperar las elecciones y la asunción de las nuevas autoridades. Esta situación provoca una fricción terrible. La financiación de

la lucha antiterrorista en sus diferentes facetas fue muy difícil; hubo que trabajar con los medios disponibles para hacer frente a esa situación.

¿Puede hablarnos un poco de la situación política?

Hasta febrero de 2015, Boko Haram todavía no había puesto un pie en Níger. Lanzaban ataques en las fronteras con Nigeria y en la retaguardia de Benín. También, sabíamos que Boko Haram reclutaba en Níger e incluso teníamos la lista de todas las personas, pueblo por pueblo, que se fueron para unirse a sus filas. Pero no entraban en el territorio nigerino, sobre todo porque sus padres se hallaban en Níger y si venían y cometían actos de violencia, estos hubiesen sido en contra de sus propias familias. Las personas reclutadas permanecían principalmente en territorio nigeriano. Pero cuando, en febrero, Níger le declaró la guerra a Boko Haram, todo cambió por completo. Sufrimos ataques kamikazes en la ciudad de Diffa, en las carreteras y en las zonas de Bosso. En aquel momento, todo eso se multiplicó de manera exponencial.

En el norte, tenemos la frontera con las zonas controladas por el Daesh. Afortunadamente, la franja al sur de Sebha está ocupada por una población tubu, que no es una población terrorista. Los grupos terroristas provienen principalmente de las poblaciones tuaregs y árabes, que se hallan un poco más al norte, hacia Misratah. Sin embargo, una parte de la población nigerina tuareg y árabe se unió al Daesh. Estas personas van a Libia y luego regresan a Níger con armas. De hecho, Libia provee de armamento a todos los frentes en Níger. Aunque las armas no estén destinadas a Níger, los terroristas necesitan atravesar Níger para ir a Malí, Chad o Sudán. Sabemos que al producirse ese tránsito, recibiremos forzosamente esas armas y municiones. También por esa razón, tenemos un interés particular en instalar una antena en Agadez, un poco hacia el norte. Todos los días, hay nigerinos que vuelven de Libia con armas. Por el momento, dicen que las venden, pero tememos que al venir de a cuatro, cinco, diez, terminen por aglomerarse. Corremos el riesgo de que algún día este fenómeno se transforme en un problema de seguridad pública y, como en el caso de Malí, desestabilice la región.

También, hay un frente en el oeste, en la frontera con Malí. En Malí hay varios grupos terroristas. Los dos actores principales que nos preocupan son los grupos peules y tuaregs. En la frontera, los pueblos están muy cerca uno del otro. Allí, se enfrentan los daoussaks, una etnia tuareg, y los peules. Los daoussaks vienen a llevarse el ganado de los peules, y los peules se oponen y tratan de responder a los ataques. Muchos peules fueron a enrolarse en el MUYAO (Movimiento para la Unidad y la Yihad en África Occidental) para combatir en Malí. Y ese problema se trasladó a Níger. En ocasiones, el Estado central tiende a olvidar las zonas fronterizas cuando se hallan cerca. Por ello, todos los días tenemos incursiones de personas que vienen de Malí a territorio nigerino, se llevan ganado, matan gente y regresan a Malí. También, hay nigerinos que van a Malí a atacar poblaciones y vuelven a Níger. Esta criminalidad transfronteriza nos crea un sinnúmero de problemas, de manera que, además, tenemos que vigilar ese frente. Hemos empleado bastantes fuerzas para estabilizar también esas zonas.

Por lo tanto, trabajamos en tres frentes principales. Ello sin contar a Niamey, donde regularmente recibimos información relativa a ataques kamikazes, sobre todo tras los atentados de Uagadugu. Hemos tomado medidas excepcionales para proteger los grandes hoteles en los que se hospedan los occidentales o los sitios por los que se desplazan las personalidades. Por ello, estamos obligados a emplear medios extremadamente particulares, incluso en la ciudad de Niamey. Esto nos mantiene alertas en todo momento. Esa es la dificultad.

¿Cuál es la situación que debió enfrentar en materia de capturas, arrestos y traslados de presuntos miembros de Boko Haram?

En el pasado, capturábamos a dos, tres, cinco personas a la vez. A partir del momento en el que se le declaró la guerra a Boko Haram, comenzamos capturar a cincuenta, cien, ciento cincuenta personas juntas, a veces, incluso, a doscientas. En Diffa, tengo una pequeña unidad ligera que apenas cuenta con seis investigadores. Cuando se calculan los plazos de interrogatorio, registro, investigación en el entorno vecinal, etc., este pequeño equipo no puede realizar el trabajo. Por ello, cuando tenemos cincuenta o cien personas arrestadas en el frente de Diffa, al este, tenemos que trasladarlas a Niamey, a 1.300 km de distancia. El equipo encargado de las audiencias se halla en Niamey, lo cual plantea numerosos problemas. En ocasiones, este equipo no sabe, por ejemplo, quién procedió a la captura o en qué condiciones fue capturada la persona. Con frecuencia, las personas arrestadas se autoincriminan, ya que la única persona de la que se puede obtener información es la propia persona detenida. ¿Cómo te llamas? ¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Qué has hecho y por qué motivos? Debemos trabajar con lo que la persona nos dice.

En efecto, hubo un sinnúmero de capturas que no se llevaron a cabo de acuerdo con las reglas del arte. En general, para poder arrestar a un terrorista, se necesita contar con información muy precisa, seguir pistas, vigilarlo, obtener sus teléfonos, contar con elementos probatorios que permitan comprobar que tal persona es realmente un terrorista. Se debe estar muy convencido de que dicha persona es un terrorista antes de proceder a su arresto. Actualmente, tras las hostilidades, en especial por parte de Boko Haram, toda persona de la que se sospeche o que simplemente se halle en campo abierto es capturada. Esas capturas son realizadas prácticamente por todo el mundo: por los militares que están en el frente, los gendarmes, los guardias republicanos, los bomberos o todas las otras fuerzas intervinientes. En cuanto encuentran a una persona que consideran sospechosa, proceden a su captura. Pero no son investigadores. No tienen muchas nociones de derecho ni de la práctica de la prueba.

La mayor dificultad surge cuando llevan a la persona arrestada a Diffa, donde tenemos una unidad antiterrorista. Una vez en esta etapa, normalmente la persona que procedió al arresto debe ayudar al investigador y explicar por qué la persona fue arrestada. ¡Pero no es lo que ocurre! Vienen, dejan a los prisioneros y se marchan, de manera tal que el investigador, que no estaba en el terreno, se ve completamente superado, porque se halla solo para realizar el interrogatorio y para reunir las pruebas con los escasos elementos con los que contamos. En principio,

los llevamos a Diffa y son puestos en libertad porque el juez determina que no hay pruebas suficientes. Y, finalmente, la población no comprende. Se dicen: “Nosotros detenemos a personas, las llevamos a la policía ¡y dos días más tarde los jueces las liberan! ¡Los jueces no colaboran! Con esa conducta, se va a dejar el campo libre a los terroristas”. Algunas personas no comprenden que no se puede detener a una persona por el solo hecho de sospechar de ella. Se necesitan pruebas para poder convencer al juez. Existe esa diferencia de comprensión entre la población y la justicia.

Pero hemos vivido muchas experiencias. Por eso, quisimos reenfocar el debate. En aquel momento, preparé un mensaje de radio para explicar a toda persona que procediera a una captura la información que debía proporcionar: quién procedió al arresto, dónde tuvo lugar, las personas que se hallaban presentes y los motivos del arresto. Se debe suministrar un mínimo de información para permitir que el investigador, que no se encuentra en el terreno, inicie su investigación. Si bien preparé esos mensajes, tuve la impresión de que se quedaron en el nivel de la jerarquía superior y no llegaron a las personas que están efectivamente en el terreno y que son, de hecho, quienes deben aplicar su contenido. De ese modo, llevaron ante mí a muchas personas de las que apenas se tenía el nombre y apellido. Era extremadamente difícil para nosotros. De todas formas, con los jueces, hemos hecho grandes esfuerzos para conciliar dos elementos. Por un lado, si bien la zona de Diffa es una zona de guerra, es cierto que necesitamos que todas aquellas personas que sean víctimas estén seguras. Pero, por otro lado, también se debe respetar el estado de derecho.

El mayor problema en este sentido es que en el servicio central se tiene la impresión de que nosotros somos los únicos que debemos defender el cumplimiento de las normas mínimas. Incluso hay personas que me han dicho: “Oiga, estos son terroristas, ¿por qué no los matan y se terminó?”. No: si quisiéramos matarlos, debemos respetar un proceso determinado. Estas personas deben tener derechos. Se debe hacer de todo contra un caníbal salvo comérselo, porque de lo contrario, se está en condiciones de igualdad. No porque los terroristas no respeten el derecho, nosotros no habremos de respetarlo. No se debe caer en esa equivocación. Me siento obligado a insistir con esto y, a veces, incluso ante mis superiores.

Así que, en realidad, existe la tentación de una justicia expeditiva...

Sí, absolutamente. También conocí otra práctica que se desvía de la ley. Aquí, en nuestro país, existe una tradición que llamamos “aplicar el Corán”. Aplicar el Corán quiere decir que, en nombre del Corán, toda persona que posea una información y no la proporcione irá al infierno. Esta creencia es de honda raigambre en la población de Diffa. Fueron las autoridades políticas las que tomaron la iniciativa de aplicar el Corán para que la población pudiera denunciar a todos los terroristas que se encuentren en el país. Pero hemos presenciado situaciones en las que varias personas fueron denunciadas sin que el denunciante se hiciera cargo, por lo cual no se sabe por qué motivo efectuó la denuncia. Figúrese: si usted es mi enemigo, ¿cómo puedo deshacerme de usted? La delación derivó, en cierto modo,

en acusar a cualquier persona, sin que se pudiera verificar si los hechos eran ciertos o no. Muchas personas fueron arrestadas en masa y nosotros, lamentablemente, nos vemos obligados a tamizar cuando estas situaciones llegan a nuestras manos. En esas condiciones, debemos agilizar todo para presentarlas ante el juez y que puedan ser liberadas.

Sin embargo, aquí también se plantea un problema. Para que una persona sea juzgada, debe haber jueces. Actualmente hay 1.255 miembros de Boko Haram detenidos. Y solo hay dos jueces en el polo judicial de antiterrorismo. Ahora bien, la detención preventiva no puede durar más de cuatro años. Por ello, se debe encontrar el modo para lograr que los expedientes avancen. Cuando llevamos el primer expediente de un detenido, el juez estimó que no había elementos probatorios suficientes. Necesitó que se librara un exhorto aquí para regresar al terreno, interrogar a los vecinos, a las personas que lo conocían y a sus compañeros, para obtener información sobre la persona. Y, como se trata de una zona de guerra, no es de fácil acceso. Hicimos un primer intento, pero el juez tampoco estuvo satisfecho. Esta es la forma en la que procedemos: nos detenemos en un sitio y enviamos emisarios a los pueblos vecinos a llamar a los jefes de aldea para que vengan a dar testimonio. En este caso, el juez también encontró que las pruebas eran insuficientes, porque el jefe de aldea al que se llama podría estar en conflicto con la persona que se investiga y, en lugar de ayudarlo, lo hunde. El investigador debe cerciorarse de que las personas interrogadas sean personas imparciales que puedan proporcionar información creíble. En consecuencia, la propia justicia está atacada, porque no hay elementos suficientes que permitan tomar una decisión. Y las cárceles permanecen saturadas.

Actualmente, este problema constituye nuestra preocupación central. Hemos creado un comité que asiste al fiscal para analizar lo que podemos hacer para mejorar la situación. Recomendamos aumentar la cantidad de jueces, porque actualmente cada juez tiene más de 600 expedientes. Es demasiado para una sola persona, sobre todo cuando sabemos que para procesar un expediente de la lucha contra el terrorismo se necesita mucho tiempo. El CICR y UNICEF manifestaron que van a prestar asistencia al poder judicial, en especial, donando combustible para que podamos desplazarnos para realizar las investigaciones en el entorno vecinal. Afortunadamente, los primeros empezaron a procesarse, pero los resultados todavía son muy exiguos. Hoy en día, hay unas quince personas que pudieron ser juzgadas y quince de 1.255 es demasiado poco.

Asimismo, tenemos otro gran problema. Actualmente hay quince personas que fueron liberadas por la justicia, que ahora deben volver a Diffa. Si las poblaciones no pueden aceptar que esas personas vuelvan porque fueron denunciadas, habrá malestar en la zona. Cuando la persona denunciada regrese, ¿cómo va a mirar a quienes la denunciaron? Es necesario sensibilizar, proporcionar alguna explicación para que las personas aprendan a aceptarse y a convivir. Los detenidos, la población local y las autoridades deben recibir información. Esta es la dificultad actual.

Imagínese a los militares que perdieron a sus hermanos, que presenciaron atrocidades. Se les dice que las personas a las que arrestaron fueron liberadas.

Resulta difícil para ellos concebir que esas personas vayan a vivir en libertad. En general, tienden a querer vengarse de esas personas, incluso si fueron arrestadas sin pruebas. Una solución que se había contemplado era que las personas liberadas por la justicia fueran detenidas de todas formas, como una especie de medida de seguridad administrativa, ya que regresarlas a Diffa sin más resulta complicado. Existe un problema de aceptación de la propia población, de los militares. Por un lado, la población dice que no quiere a esas personas, que no las quiere ver. Por el otro, la justicia dice que no hay pruebas contra esas personas. Y yo estoy en el medio.

¿Cómo manejó la repentina afluencia de detenidos en el lugar de detención bajo su responsabilidad? ¿Cuáles fueron los problemas que identificó?

La afluencia de detenidos es un verdadero problema. Nuestras celdas están preparadas para albergar a unos veinte detenidos, cuarenta como máximo. Y, de repente, tenemos más de ciento cincuenta personas. Eso complica las condiciones de higiene, administración, alimentación y alojamiento. Por ejemplo, las fosas sépticas no se habían vaciado desde hacía cuatro años y, recientemente, se desbordaron hasta dentro de las celdas. Nos vimos obligados a destaparlas completamente, agrandarlas y aumentar su número. Esta es la magnitud de las acciones que se deben llevar a cabo. Es una labor ingente.

El centro de antiterrorismo es de nivel nacional y se halla en Niamey. El polo judicial en el que esas personas deben estar detenidas también está en Niamey. Toda persona sospechosa de terrorismo debe ser trasladada a Niamey, seguidamente al SCLAT y luego al polo judicial. Tenemos antenas, pero solo en las zonas de tránsito. Esa es la razón por la que, actualmente, todos los detenidos van a parar a Niamey.

Al principio, los detenidos de Boko Haram eran trasladados por los militares en camiones sin asientos. Las personas viajaban de pie. Dado que el trayecto Niamey-Diffa es de 1300 km, hubo fallecimientos debido al hacinamiento y la sed. Las personas no habían sido informadas sobre la forma en la que se debe tratar a los detenidos. Tras esos incidentes, cambiamos nuestra forma de actuar. Ahora, solo los agentes del SCLAT, que están formados y saben cómo tratar a los detenidos, deben estar en contacto con ellos. Los escoltan militares, pero aquellos que se hallan en las inmediaciones. En los vehículos, junto con los detenidos, solo se encuentran los agentes del SCLAT. También, compramos bidones de agua. Lo que mata no es tanto el hambre, sino la sed, la falta de agua, debido al calor. También, hemos programado varias escalas en las que pueden parar, saciar la sed y hacer sus necesidades.

¿Cuáles son las acciones concretas que emprendió para garantizar condiciones de detención correctas, respetar las garantías procesales y judiciales y luchar contra los malos tratos? ¿Con qué restricciones tuvo que lidiar en el contexto interno?

Como primera medida, incorporamos el certificado médico. Nos dimos cuenta de que los detenidos que fallecieron en el transporte estaban débiles; se trataba de heridos, ancianos y enfermos. Dadas esas condiciones, solicitamos que

un enfermero se cerciore de que las personas realmente estén en condiciones de viajar; si no es así, no viajan. Designamos a un enfermero en Diffa cuya misión no es atender a los policías, sino ocuparse de la salud de los detenidos. Tenemos un presupuesto especial para la asistencia sanitaria. Actualmente, el enfermero viaja junto con los detenidos y, llegado el caso, atiende a los que se enferman en el camino. Hicimos ese esfuerzo a raíz de la experiencia que vivimos en la primera etapa.

También, tenemos un servicio que cuenta con una unidad médica cuya función es hacer un seguimiento cotidiano de los detenidos, entre los cuales puede haber personas con paludismo o heridos que deben recibir atención. Para ello, también tenemos un presupuesto. Disponemos de una farmacia y de todo lo necesario para la atención médica de las personas que la necesitan.

Asimismo, mejoramos la alimentación de los detenidos. Al principio, simplemente comprábamos comida en el exterior. Debido a la cantidad de detenidos, nos vimos obligados a crear un servicio de cocina interno. Actualmente, preparamos una alimentación equilibrada, como habichuelas con arroz y gacha de mijo, que contribuye a la recuperación de las personas. Ofrecemos al menos tres comidas diarias a todos los detenidos para que puedan alimentarse correctamente. Y recibimos el asesoramiento del CICR sobre los tipos de alimentos que debemos preparar. El CICR concuerda con nosotros en que los alimentos que ofrecemos actualmente a los detenidos cumplen los requisitos mínimos de alimentación.

También, hicimos mejoras en las instalaciones de los centros de detención. Nuestras celdas no estaban preparadas para recibir una afluencia de esta magnitud. Nos vimos obligados a trasladar, a crear. Nuestros almacenes fueron desafectados para alojar a detenidos, con el fin de lograr mejores condiciones de detención. Asimismo, hicimos esfuerzos para separar a las mujeres de los hombres. También, había niños y tuvimos que separarlos de los adultos. No había celdas especialmente preparadas, pero los separamos llevándolos a otro lugar. Por ejemplo, durante el día, a las mujeres las dejamos bajo los árboles en el exterior y a la noche las ubicamos en el pasillo. No estábamos listos para recibir esta ola de nuevos detenidos, pero hicimos nuestro mejor esfuerzo para tratar de mejorar su estancia.

En materia de interrogatorios, usted privilegió métodos de investigación conformes a derecho. ¿Cómo describiría su enfoque o método y cuáles son las ventajas que ofrece?

Nuestro enfoque genera confianza en el detenido, lo que le permite colaborar con nosotros. En primer lugar, no hay ningún método positivo, no vamos a privarlo del sueño o de la comida. Al contrario, nos adaptamos a sus necesidades, por ejemplo, en la alimentación, o si la persona desea peinarse o leer un libro.

Tratamos de demostrar que no somos tan malvados como podría creer el terrorista. Hacemos el esfuerzo necesario para mostrarle que, en realidad, trabajamos para aplicar el derecho y que, si se le da la razón en algo, estamos dispuestos a respetar ese derecho. Solo pedimos aclarar las cosas. Por ello, pienso que hay muchas personas, sobre todo las que pasaron por el servicio de información

antes de llegar a nosotros, que perciben la diferencia en el trato. Confían mucho más en nosotros. Y esa confianza incluso se renueva, porque aun cuando las personas hayan ido a la cárcel, nosotros las visitamos. Les compramos cigarrillos y pequeñas cosas por el estilo, y eso nos permite establecer una relación de confianza con ellas. A veces, mantenemos debates con ellos, por ejemplo, sobre religión. Entablamos conversaciones de alto nivel sobre tal o cual concepto de la religión y, en cierta manera, tratamos de convencerlos de que la religión jamás ha dicho que hay que matar a las personas. Conversamos incluso sobre su ideología, porque allí está la pelea: se les debe hacer comprender que han tomado caminos equivocados.

Por ejemplo, le preguntamos a un joven nigeriano que capturamos cuál era su papel en Boko Haram. Su trabajo consistía en custodiar a las personas antes de que fueran degolladas. Y dijo que eso no lo deja dormir, porque sigue escuchando los gritos de sus víctimas. Entonces, le preguntamos qué fue lo que lo llevó a adherirse a Boko Haram. Dijo que le prometieron dinero, una mujer y una moto. Y, luego, dijo que, en realidad, se halló sin nada. Entonces le dijimos: “Como ves, Boko Haram solo te mintió. Hoy no tienes nada: la mujer que querías tener no la tienes, el dinero que querías tener no lo tienes, y la moto de tus sueños no la tienes”. Trabajamos con él para demostrarle que, en realidad, se embarcó en un camino sin salida, para que se arrepienta y pueda eventualmente rehabilitarse, si llega a salir de la cárcel.

Nuestros investigadores hacen mucho trabajo de psicología y sociología, lo que permite que las investigaciones avancen. Justamente, una de las recomendaciones que le hacemos actualmente al Gobierno es que juzgue rápidamente a los detenidos, porque creemos que hay una gran cantidad de personas que, en cierta manera, son inocentes, personas que se encontraban en el lugar equivocado. Se debe juzgar con rapidez para que los inocentes vuelvan a sus hogares. Si no prestamos atención, tendremos mucho más terrorismo en diez o veinte años. Imagínese a una persona que hoy no ha hecho nada, pero que ha sido detenida de esta manera. Si sale de prisión en diez años, querrá vengarse, sentirá rencor hacia la sociedad. Y debido a su permanencia en prisión con los terroristas, se volverá mucho más dura, más radical y más difícil de arrestar esta vez. En julio, iremos a Diffa en comité para analizar cómo luchar contra la radicalización de los detenidos. También, reflexionaremos sobre la rehabilitación de la economía de la región, porque una de las medidas que tuvimos que tomar fue prohibir todo el comercio en la zona de Diffa, a raíz de lo cual el empobrecimiento es enorme.

¿Qué ocurre con la colaboración transnacional?

Trabajamos en colaboración con los países vecinos: Chad, Camerún, Nigeria y Benín. En Níger, hay más de 420 personas detenidas que son de nacionalidad nigeriana. A veces, se trata de mujeres e, incluso, de niños. Dado que nuestras cárceles están saturadas y que colaboramos con nuestros colegas nigerianos, estamos a punto de transferirles a numerosos detenidos. Las autoridades nigerianas se presentaron, hicieron el registro y recopilaron información sobre los detenidos, como sus ciudades de origen y de qué estaba acusado cada uno de ellos. Todo se

organizó con cuidado, para poder hacer el traslado desde Níger hacia Nigeria. Sin embargo, actualmente, hay dificultades. Por ejemplo, con respecto a las poblaciones que se hallan en las fronteras, en muchos casos, la ciudad a la que se debía llevar a la persona ha sido abandonada. Y sus poblaciones, incluso a menudo las familias de los detenidos, vinieron a refugiarse a Níger. Por ello, Níger tiene dificultades para reubicar a los detenidos, sobre todo a aquellos que vivían en los pueblos de las fronteras.

Asimismo, existen muchos otros pequeños problemas. Por ejemplo, aquí la justicia nigerina comenzó a estudiar los expedientes de algunos detenidos. Antes que ser devueltas a Nigeria, esas personas prefieren ser juzgadas en Níger.

Pero, en todo caso, el principio se mantiene; las autoridades nigerianas traerán aviones y trasladarán a los detenidos nigerianos. Las delegaciones del CICR en Níger y en Nigeria coordinarán las acciones. La delegación de Níger seguirá el proceso hasta que los detenidos lleguen a Nigeria, y luego, la delegación de Nigeria tomará el relevo para informar a las familias sobre la situación de sus familiares detenidos. Níger tiene la responsabilidad de cerciorarse de que esas personas tengan acceso a un juicio justo. Por ello, solicitamos algunas garantías al Ministerio de Justicia de Nigeria. Estaremos informados sobre las personas trasladadas a Nigeria y, también, contamos con el CICR, que hará un seguimiento desde el otro lado.

¿Cuáles fueron sus logros más importantes y sus fracasos? ¿Qué enseñanzas extrajo?

Mi satisfacción es que, pese a la situación, logramos reenfocar el debate. He presentado mis argumentos y he discutido con cada actor implicado en la lucha antiterrorista y, finalmente, he sido escuchado. Por ejemplo, le escribí tres veces al ministro por las personas que permanecían detenidas, incluso tras haber sido liberadas por el juez, hasta que ordenó que esas personas fueran devueltas a sus familias. Yo mismo organicé su regreso a sus pueblos.

Nuestro trabajo también es mostrar a los militares y a los demás que podemos hacer respetar el derecho. Si somos intransigentes en ese punto, ellos mismos terminarán por convencer a los otros de que nuestra conducta es la mejor. Pienso que, hasta cierto punto, lo logramos; y gané credibilidad, no solamente a los ojos de mis superiores, sino también a los de la población. Ahora, la población tiene confianza en nuestro juicio. Cuando, tras haber llevado a cabo una investigación, declaramos que una persona realmente no tiene relación alguna con el terrorismo, se la libera. No hay objeciones, todo el mundo está de acuerdo y convencido. Y todo eso se debe a que hacemos nuestro trabajo con seriedad y a que no actuamos de manera improvisada. Porque un problema con el que nos encontramos es la calumnia, pero permanecemos con la cabeza fría, efectuamos las investigaciones y realmente buscamos elementos probatorios antes de arrestar a las personas.

Siempre respetamos los derechos humanos. Por ello recibí la visita de los ministros de Relaciones Exteriores de Alemania y de Francia. Incluso mis superiores sintieron celos. Aparte del Presidente de la República, solo me vinieron a ver a mí, ¡sin siquiera pasar a ver al ministro! Eso se debe a que escucharon hablar mucho de

nosotros y a que ven los esfuerzos que hacemos. Pienso que, al terminar su visita, se fueron satisfechos con la lucha que llevamos a cabo, incluso con los escasos medios de los que disponemos.

El hecho de contar con un centro que coordine la lucha antiterrorista ya es un éxito en sí. En las conferencias y los seminarios, observo que los demás países no necesariamente tienen una institución equivalente. De manera que, cuando se emprende una acción antiterrorista, todos corren de aquí para allá sin saber bien quién hace qué, y eso ocasiona enormes problemas. Mientras que aquí, actualmente, no bien se suscita una cuestión en materia de terrorismo, todos saben que deben dirigirse a mí. Yo digo cuáles son las acciones que se deben poner en práctica, qué hay que hacer y por qué motivos. Y cuando expreso los motivos en los que me baso, todos están de acuerdo conmigo.

Puse en marcha bastantes acciones que actualmente permiten no solo hacer respetar los derechos humanos, sino también luchar contra el terrorismo. Porque hay quien cree que se pueden violar las leyes para luchar contra el terrorismo. Al contrario: si se violan las leyes, los terroristas considerarán que no hay normas. Por ello, siempre repito que nosotros tenemos que demostrar un valor moral superior. Mientras no lo hagamos, no podemos decir nada. Lamentablemente, a veces, las víctimas tienen tendencia a vengarse. Ese es el interés del centro de lucha antiterrorista: tenemos la experiencia, podemos conservar la cabeza fría y cumplir las normas en todo momento.

Yo no hablaría de fracasos, sino más bien de dificultades. Mi mayor dificultad es que, por momentos, tengo la impresión de estar un poco aislado. ¡Incluso hay quienes me tratan directamente de terrorista! Estoy un poco marginado, pero también entiendo que no me comprendan. Hay quienes quieren soluciones expeditivas que no son duraderas, pero yo sé que con el tiempo eso no funcionará y debo explicarlo. Y, a veces, incluso si lo aceptan, no están realmente convencidos. Por ello, a menudo me siento aislado.

¿Qué recomendaciones les haría a sus colegas de la región (sus homólogos en los países vecinos, por ejemplo), que deben enfrentar situaciones y restricciones similares?

Uno de los problemas de la lucha antiterrorista es que es imprescindible definir una estrategia clara. Por ejemplo, nosotros, el Estado de Níger, estamos contra el sistema terrorista. Estamos por la paz, por el amor entre las personas, por la coexistencia pacífica; esa es nuestra filosofía. Se debe estar convencido de ello y trabajar en ese sentido. Pero si, por ejemplo, usted desea dominar a los demás, desea librar una guerra, desde ese punto de vista, eso se transforma en otro problema. Lo importante es definir cuál es la estrategia, cosa que muchos países en realidad no hicieron. Mientras no haya una visión clara en el contexto político, somos los de abajo los que sufriremos.

En Níger, nuestra visión es que queremos que todas aquellas personas que trabajen contra el amor o contra la coexistencia pacífica sean combatidas sin vacilaciones. Por ello, aquí no pactamos con los terroristas. En otros países,

estimaron que con ciertos terroristas se podía tratar en mayor o menor medida y pagaron por ello. Por ejemplo, en Malí, las personas del Movimiento Nacional de Liberación del Azawad (MNLA) recibieron a grupos terroristas, consideraron que se podía tratar en alguna medida con ellos y he aquí la situación actual de Malí, que está absolutamente fuera de control.

En materia de toma de rehenes, ¿cuál es la política que se debe aplicar? Nuestra política es que no haya negociación alguna con los terroristas, tolerancia cero, combate total. Eso explica que en Níger no existe duda posible. Sabemos exactamente lo que queremos y lo que no. Pero otros países tienen políticas diferentes, lo cual trae problemas. Por ello, pienso que lo primero, y lo más importante, es que cada uno defina su filosofía.

¿Cuál fue su experiencia con el CICR?

Habitualmente comparo nuestras relaciones con el CICR con el sistema de parentesco jocoso [N. del T.: en Níger, práctica social entre comunidades etnolingüísticas, grupos e individuos, que tiene por objeto fomentar la fraternidad, la solidaridad y la convivencia. Según esta práctica, los miembros de las comunidades deben decirse la verdad, gastarse bromas, practicar juntos determinados juegos, mancomunar sus bienes y resolver las disputas pacíficamente]. No sé si ustedes los europeos conocen este sistema. Yo vivo en una población en la que se practica el parentesco jocoso, por lo que siempre me agrada que me fastidien. A menudo me critican y yo también critico. No me enfado con aquel que habla mal de mí. Cuando se habla de mí, no creo que sea negativo. En realidad, ustedes me interpelan, me piden que mejore. Y esa es otra forma de cariño.

Entonces, para nosotros el CICR es un poco como nuestro pariente, porque viene a plantearme cuestiones para que mejore. “¿Cuál es la alimentación de los detenidos, qué comen?”. “Las personas no están vestidas, ¿por qué no lo están?”. “Hay demasiada gente aquí, ¿cuáles son las normas de detención?”. A veces, es el CICR quien me proporciona información sobre los malos tratos en los centros de detención y, gracias a ello, rectifico la situación. Si olvido algo, el CICR me ayuda a volver a tomarlo en cuenta. Los errores que he corregido se deben a las interpelaciones del CICR. Y, además, no siento vergüenza por haberme equivocado: lo importante es no persistir en el error. El CICR es un buen asociado, porque no es posible verlo todo y, en ocasiones, ellos me permiten detectar problemas.

A veces, el CICR también me ayuda a resolver los problemas. Por ejemplo, me dijeron que los detenidos no tienen lugar para sentarse. Entonces les dije: “Miren, yo hago todo lo posible, pero como ven, mis recursos están al límite y ustedes están aquí, ustedes también tienen algo para aportar”. Entonces el CICR me suministró detergente para poder limpiar las celdas y esterillas de plástico para que las personas pudieran sentarse allí, en lugar de hacerlo directamente en el suelo. Dado que también hay mucho hacinamiento, trajeron material para eliminar los mosquitos, con el fin de mejorar la higiene. Trabajamos en franca colaboración con el CICR. Lo que también es muy interesante con el CICR es que las relaciones que establecen no son públicas, son solo para nosotros, por lo cual sabemos que son sinceras.

¿Tiene algún otro mensaje que quisiera compartir con los lectores de la International Review?

Antes de concluir, quisiera decir que, en realidad, los verdaderos problemas que tenemos en Níger son la desnutrición, las enfermedades y la pobreza. Actualmente, todo eso se deja de lado debido a la lucha contra el terrorismo. En este punto, interpelo a los países como Francia, América y otros, porque sus políticas han generado esta situación. En cierto modo, es lo mismo que ocurre con el cambio climático: aquellos que no respetan las normas de producción industrial provocaron el recalentamiento y nosotros estamos aquí, en África, y sufrimos las consecuencias. Estamos todos en el mismo bote, pero los responsables no somos nosotros. Y no se nos invita a participar de los grandes desafíos mundiales. Lamentablemente, cuando se deben combatir los problemas, nos vemos obligados a recurrir a aquellos que los causaron. Y lo que padecemos actualmente es muy duro, porque la lucha a la que estamos abocados no es aquello de lo que realmente deberíamos ocuparnos. Me habría gustado ser docente, enseñar a los niños a caminar, a cultivar, a pescar... En lugar de eso, estoy pensando en cómo arrestar bandidos y cómo proteger hoteles. Es horrible lo que nos ofrece la historia reciente. De hecho, nos desvía de nuestras verdaderas prioridades. No hemos pedido nada. ¿Qué le hemos hecho a la historia?